

¡HAY QUE VER!

Carlos Calvo Alonso

Un cantante que actuaba en Santa Clara el pasado mes de julio mostraba su admiración por la arquitectura del templo y, al hilo de su encandilamiento, nos amonestaba por lo poco que valoramos "lo nuestro". Se ve que le gustaba, como a nosotros, el rococó de la iglesia de las clarisas, inaccesible al público casi siempre. Valoremos lo nuestro, conservémoslo (que es patrimonio de todos) y disfrutemos de ello, que para eso está.

Con este fin, y en la medida en que el espacio de las páginas de nuestro boletín y la paciencia de los lectores lo permitan, queremos desarrollar una serie de crónicas que nos animen a reencontrarnos con monumentos y parajes más que interesantes, muchas veces ignorados a pesar de estar a nuestro alcance por medio de viajes cortos o, incluso, de paseos.

Del retablo san Pelayo en Olivares a las secuoyas de Sardón

Para visitar la iglesia de San Pelayo en Olivares de Duero se necesita cita previa; hay que utilizar los números de teléfono que se anuncian en su puerta de entrada. Mientras alguno los apunta, uno puede admirar la bonita portada de gótico tardío que rompe la rotundidad exterior del edificio o aprovechar el magnífico mirador que constituye la explanada del templo. Desde él la llanura está hermosa en verdes y amarillos. Después, cuando marcamos el **625 42 13 58**, nos atiende la señora Anita, que nos informa amablemente de los horarios y de los asumibles precios de la visita.

Una vez dentro del templo, el gótico de principios del siglo XVI sigue manifestándose en la elegancia de sus bóvedas de crucería estrellada. Pero, inevitablemente, la vista se dirige hacia su retablo mayor, y uno no necesita recordar en qué parte del libro de Historia del Arte venía aquello del plateresco para

comprender inmediatamente que se encuentra ante algo excepcional. Basta con tener ojos en la cara para percibir esa aura que Walter Benjamin atribuía a las cosas que saben devolvernos la mirada. La señora Anita, que está acostumbrada al asombro y admiración de los visitantes, deja que nos explayemos y pasa a comunicar que se ha dejado el laser en casa, y que ella sin laser no es nadie. Falsa modestia, es una guía de lo más eficiente.

Sin necesidad de modernas tecnologías, nuestra anfitriona nos hace recorrer las siete calles del formidable retablo, describiendo con exactitud los ciclos de pintura de Juan Sorera (Maestro de Olivares), las esculturas de san Pelayo y la Asunción, de sabor vigarnista, y el cristo de Alonso Berruguete, ubicado en el centro de un espectacular ático formado por tres arcos de medio punto rematados en hermosa crestería. Sorera, Berruguete y Bigarny encasados por el gran entallador Pedro de Guadalupe en una estructura plateresca a base de frisos y finas columnas. Palabras mayores del Renacimiento español.



Juan Sorera supo aprovechar sabiamente los modelos pictóricos difundidos en las estampas de su época para impregnarse del espíritu de los grandes maestros. Así que, durante el recorrido por sus pinturas del retablo mayor de

San Pelayo, no es extraño que nos encontremos con el recuerdo del vigor de los volúmenes y movimientos de Miguel Ángel, los suaves difuminados de Leonardo o la calidez de los fondos claros de Rafael. Hay una sibila que se ha traído a Olivares todo el misterio de sus colegas de la Capilla Sixtina, una representación del martirio de San Pelayo llena de fuerza y movimiento..., y el espacio vacío de la tabla del profeta Balaam, que, según dicen, era uno de los mejores trabajos del retablo.

Y es que Éric el Belga (el terror del patrimonio artístico castellano) pasó por Olivares una mala noche de enero de 1987 para aprovecharse de una restauración eternizada y llevarse diez de las cincuenta y una pinturas desmontadas. Se recuperaron nueve; así que, cuando el pueblo volvió a ver con alivio que su retablo mayor, por fin restaurado, volvía a acoplarse al ábside poligonal de la iglesia, el gozo no fue completo. El profeta Balaam no había venido a las fiestas de San Pelayo de 1998.

En la iglesia hay además dos cristos de Juan de Juni, uno en cada una de sus naves laterales. Nuestras consultas en las wikipedias habituales nos hablan solo de uno; pero la señora Anita nos dice que los dos están bien datados y nosotros la creemos. El gusto castellano por la angustia y la tragedia se manifiesta en las tallas del gran maestro franco-español, por más que el rostro de las imágenes refleje el descanso final de quien ha aceptado ya la voluntad del Padre.

Y para que no falte a la cita ninguno de los grandes, nuestra guía nos coloca en la nave del evangelio ante dos ángeles alféreces y las magníficas manos y la cabeza de un San Luis Gonzaga vestido con ropón, todo ello de Gregorio Fernández.

Cuando salimos del templo, el calor es ya casi soportable. Cruzamos el puente renacentista que une las orillas del Duero entre Olivares y Quintanilla de Abajo, uno de los viaductos más interesantes del río. Aparcamos a su vera en la margen izquierda y allí mismo iniciamos

nuestro paseo hacia Sardón. Nos han hablado de unos cuatro kilómetros de senda, pero pronto nos damos cuenta de que el trayecto es más o menos el doble. No importa: andamos por camino llano, la frescura de la ribera atempera los sofocos de la tarde, la compañía es buena y la conversación entretenida; además, hemos tenido la precaución de dejar el coche de los bocadillos aparcado en la plaza de Sardón.

Caminamos entre dos cauces de agua. A lo largo de todo el recorrido, el Duero y su canal discurren lentos a derecha e izquierda y sus orillas nos ofrecen pinedas y vegetación de ribera. Uno se da cuenta una vez más de su supina ignorancia en cuestiones de botánica y por enésima vez promete subsanarla. También hace planes de volver por aquí en otoño, cuando los ocres de octubre estén en su esplendor. Ahora, la vegetación se abre de tanto en tanto y permite la vista de remansos calmados y surcos de viña y cereal.

En el soto de Sardón hay sombra, bancos, mesas y dos magníficas secuoyas que dominan el paisaje sin ningún complejo de inmigrantes. Para completar la tarde solo hace falta subir al pueblo a comprar unas cervezas, recuperar los bocadillos y sentarse a merendar sin prisas.



Foto: Paula Peña Calvo